

A MI MADRE

En su día.

Cual la torcaz que en el confin cimero
saluda dulce el resplandor primero
del almo sol en la rosada cumbre;
y triste canta cuando el sol se inclina
tras el celaje de la azul colina
llena de paz y de rojiza lumbre;

Tal eres dulce; en tus profundos ojos
brilla la blanda caridad de hinojos
ante el altar de tu callada pena;
y hay en tu voz de angelical acento
un tibio rayo, celestial lamento
música alada de caricias llena.

Cuando la vida sus espinas clava
en mi alma joven, tu recuerdo lava
la tosca herida y el dolor insano;
y el desengaño que en mi alma anida
huye, y revive la ilusión perdida,
al suave tacto de tu blanca mano.

Dejó en tu alma su perfume el lirio,
su viva llama inmarcesible cirio,
sublimes soles el espacio inmenso;
y en el diorama de tu blanca vida
lució inefable cual divina egida
la fé sublime y el amor intenso.

El dombo azul de inmarcesible cielo,
del almo cóndor el potente vuelo,
del mar inmenso la extensión escueta;
el ritmo suave de la blanda brisa
del rico Apolo la vital sonrisa
la fuerza enorme de pujante atleta;

Todo infundiste en mi conciencia bruna
cuando velabas en mi blanca cuna
llena de amor y de ansiedades llena;
y vi ante mí cual ideal meteoro
de frescas Musas el celeste coro
En una blonda floración serena.

Llevé en mi alma con sagrado orgullo
la fe de Cristo que con dulce arrullo
me señalaste en el feral sendero;
y oí la voz del infinito arcano
lleno de luz a cuya rica mano
brilló en mi numen el albor primero.

Cuando abstraído en vagoroso sueño
la gloria busco con febril empeño
sólo he encontrado punzadora escoria;
mas cuando vienes a mi grácil alma
siento en mi frente la fastuosa palma
porque eres ¡madre! la sublime gloria.

Mucho te amo. En la encrespada ola
del falaz mundo, tu memoria sola
alivia dulce mis acerbos penas;
por eso al ir a tu regazo santo
encontrarás en mi sincero canto
más que unos versos, sangre de mis venas.

AUGUSTO MARTINEZ
(convictor del Colegio).

Bogotá, agosto de 1921.

